

zeta, se lanza sobre el 8.º portugués al cual arroja y arrebató su artillería. Pero allí está la división de Picton entera, apoyada á un lado por la división de Leith, á otro por una fuerte batería y por la división de Spencer, que acude al peligro desde la posición intermedia que ocupa. Apenas la división de Merle trata de desplegarse, es recibida de flanco por la metralla de la artillería situada á su derecha, y de frente por la fusilería de la división de Picton haciendo fuego á quince pasos. Bajo estas mortíferas descargas, el general Merle, el coronel Merle del 2.º de ligeros, el general Graindorge, que marchaba á la cabeza del 4.º, y el coronel de este mismo regimiento, Desgraviens, caen mortalmente heridos; y lo son igualmente gran número de oficiales subalternos y de soldados. Viendo Picton el éxito de sus fuegos y estando apoyado á derecha é izquierda, avanza con los regimientos 88.º, 45.º y con el 8.º portugués ya rehecho, y carga á la bayoneta á nuestras tropas sofocadas aun de su penosa trepada, privadas de casi todos sus gefes, y las obliga á replegarse á la extremidad de la meseta. En este mismo instante, precediendo á la brigada de Foy, desemboca el 31.º de la división de Heudelet por el camino á la derecha de la división de Merle; pero asaltado antes de que pueda formarse, por la metralla y la fusilería, privado de su coronel Desmeuniers, es arrollado hasta el desemboque del camino. Nuestros soldados, tan inteligentes como valerosos, lejos de dejarse precipitar de la posición de arriba á abajo, se detienen en el nacimiento del escarpe, y desde cuantos puntos pueden ocupar hacen un fuego de tiradores mortífero para el enemigo. Así

dan tiempo á que la división de Foy llegue. Después de seguir el camino real asoma al fin sobre la meseta, acompañándole el regimiento 31.º, á quien ha rehecho, teniendo á derecha é izquierda los restos de la división de Merle allegados por el general Sarrut. Mas entonces lord Wellington, que ha dirigido la división de Leith sobre nuestra izquierda, y la división de Spencer sobre nuestra derecha, con todas sus reservas de artillería, lanza á la pelea mas de quince mil hombres, muy descansados y perfectamente establecidos sobre un terreno sólido, contra nuestros soldados, en número de siete ú ocho mil, agobiados de fatiga, pudiendo apenas hacer pie firme al borde de un precipicio y totalmente desprovistos de artillería. Después de acibillarlos á metralla, lord Wellington hace que les ataque á la bayoneta la masa entera de sus infantes. Acometidos así nuestros soldados por dos fuegos espantosos, empujados hacia un terreno en declive por dobles fuerzas, son arrollados inevitablemente, y se retiran llevando en sus brazos, además de los ya citados gefes, al general Foy gravemente herido. Reynier, que seguía el ataque, contaba aun á su disposición el resto de la división de Heudelet; pero teniendo ya dos mil quinientos hombres fuera de combate, recelaba debilitarse demasiado por consecuencia de una obstinación imprudente, la cual además no tenía probabilidades de buen suceso sino cuando Ney atrajera hacia sus tropas á parte de las de los ingleses.

Efectivamente, durante este tiempo el mariscal Ney había entrado en línea, un poco tarde por desgracia, lo cual se explica por la distancia que

hubo de cruzar, estando la aldea de Moira, su punto de partida, mas lejos que la de San Antonio, desde donde Reynier se puso en marcha. No eran menores las dificultades por aquel lado, pues, formando la sierra hácia nuestra derecha una curva, para unirse á la de Caramula, habia que aguantar para treparla una formidable convergencia de fuegos. Trazado el camino sobre la cresta de una loma, iba á desembocar en el parque de la cartuja de Busaco, que estaba cubierto con derribos y ocupado por toda la masa de las tropas portuguesas. Delante iba la division de Loisson, seguida á alguna distancia por la division de Marchand en columna cerrada, y formando la division del general Mermet la reserva.

Tras de un fuego de guerrillas bastante vivo, en el cual teniamos la ventaja de la inteligencia y la desventaja del terreno, el mariscal Ney lanza contra la posicion sus tropas. Loison se aparta del camino con sus dos brigadas, y procura escalar el flanco de la montaña, interin Marchand prosigue avanzando por la carretera. A este flanco de la montaña se halla como adherida la aldea de Sul, edificada á media ladera á lo largo de una rampa. Sobre ella se precipita osadamente el general Simon á la cabeza del 16.º de linea y de la legion del Mediodia. De alli desaloja á los portugueses, les coge cañones y forma un punto de apoyo para ensayar la subida á la cumbre de la montaña. Algo á la derecha de la brigada de Simon y junto al mismo escarpe, la brigada de Ferrey, compuesta del 32.º de ligeros, del 66.º y del 82.º de linea, trepa dificultosamente la altura, sin el obstáculo de la aldea de Sul, mas tambien sin su apoyo. A fuer-

za de constancia y de teson, asiéndose á cada roca y á cada arbusto, y á pesar del mortífero fuego de los portugueses, llegan las dos brigadas á la cumbre, cuando de repente la artillería de Crawford les cubre de metralla casi á boca de jarro. Entonces mismo este general manda calar bayoneta á la division ligera y á la brigada portuguesa de Colman, y arrolla á nuestros regimientos antes de que puedan formarse y oponer alguna resistencia. Se detiene la brigada de Simon en la aldea de Sul, despues de haber perdido á su general, que, herido, queda en poder del contrario. No hallando la brigada de Ferrey donde hacer pie firme es repelida hasta la falda de la montaña. En este momento la division de Marchand, siguiendo el camino y llegando al punto en que lo hubo dejado la division de Loisson para apoderarse de la aldea de Sul, se ve colocada en el centro de un semicírculo de fuegos que parte de todas las alturas. Víctima por su derecha de una granizada de balas de las tropas inglesas y portuguesas del general Crawford, en vez de lanzarse á paso de carga sobre la cartuja de Busaco, vacila, y tirándose hácia la izquierda del camino, llega á abrigarse detrás de un escarpe casi á pico. Recibiendo allí por encima de la cabeza algunos fuegos de la division de Spencer que vuelve de batir á Reynier, y de flanco todos los fuegos de la division de Crawford, que ha querido evitar, se encuentra en un atolladero, pues ni puede trepar al escarpe detrás del cual se ha guarecido, ni tornar á la carretera que ha abandonado y donde le aguardan miles de proyectiles. Ya de consiguiente es pasado para esta division el instante de apoderarse de la cartuja de

Busaco en vigorosa acometida. Habiendo perdido el mariscal Ney dos mil hombres, entre ellos muchos generales y coroneles, discurre como Reynier y aplaza para una nueva tentativa de éste el esfuerzo desesperado que hubiera de decidirlo todo.

Desgraciadamente era ya demasiado tarde para acometer de nuevo con tropas abrumadas de fatiga y procurar vencer á un enemigo victorioso, y ya mas confiado en su posicion y en sus fuerzas. Massena que, mandando una simple division, hubiera probablemente renovado el ataque y triunfado quizá de todos los obstáculos por su teson sin par, como general en jefe, juzgó que era muy sobrado haber ya perdido cuatro mil quinientos hombres, entre muertos y heridos, en una tentativa infructuosa, y sin que desesperara de desalojar de allí á los ingleses, determinó procurarlo de otra manera. En torno suyo congregó á sus lugartenientes, á los cuales podia dirigir mas de una observacion sobre aquella jornada. Reynier cumplió su palabra é hizo cuanto pudo; pero Ney atacó tarde, y ciertamente no se mostró tan osado como en Elchingen. Con efecto, si mientras el general Loisson escalaba la montaña, hubiera soltado la division de Marchand contra el parque de la cartuja, haciéndole apoyar por su tercera division que era inútil dejar en reserva, dado que Junot formaba la del ejército todo, quizá ganara el triunfo, y forzando una de las avenidas ayudará á Reynier á forzar la otra. No les dirigió Massena reconvencion alguna, y oyóles con la imperturbable sangre fria que conservaba en las mas difíciles situaciones. Reynier expuso su conducta y era intachable: Ney di-

jo que obró lo mejor que supo, é hizo nuevas re-
criminationes contra una empresa acometida sin los recursos necesarios y contra lo mal que se procedia en no hablar al emperador á las claras. Sin rebozo insinuó que lo mas cuerdo seria desandar camino y esperar entre Almeida y Ciudad-Rodrigo. Massena no aspiró á descargarse de las resultas de la jornada, acusando á sus lugartenientes, exhalando su pesar en vanas disertaciones sobre lo que se pudo hacer en ella, especie de lamentaciones en que las almas débiles hallan alivio; y limitóse á rechazar con altivez toda idea de marcha retrógrada, y despues de ordenar á sus lugartenientes juntar al pie de la sierra sus tropas, recoger los heridos y estar prontos para moverse, retiróse á providenciar lo mas oportuno. Tales momentos eran el triunfo de esta alma fuerte. Massena conceptuó que despues de todo tambien los ingleses debian haber experimentado pérdidas de cuantía, y que sin duda no osarian bajar de las cumbres al llano, donde, ademas de nuestra infantería siempre muy resuelta, encontrarán nuestra caballería y nuestra artillería, con las cuales no habian tenido que habérselas en la cima de la montaña; y el mariscal estaba en lo cierto, pues los ingleses recelaban un nuevo ataque y no se atrevian á desamparar su posicion. Ademas conceptuó que sin duda debia haber algun desemboque, y especialmente hácia la derecha sobre las deprimidas cumbres por las cuales se enlaza la sierra de Alcoba á la de Caramula; que se habia dado crédito con harta ligereza á los primeros informes recogidos sobre los lugares, y que no era posible que hácia la parte donde el terreno se presentaba menos es-

cabroso no hubieran los habitantes establecido comunicaciones. De resultas envió al general Montbrun y á un oficial de mérito raro, el coronel Sainte-Croix, con los dragones hácia la derecha del ejército para que exploraran durante la noche si por allí habia algun paso. No pensaba de ningun modo en salir por la izquierda, pues hubiera necesitado cruzar el Mondego á la vista de los ingleses, sin saber si hallaria vados y apoderarse de posiciones tan difíciles como las de Busaco. Ya tomadas sus providencias, aguardó pacientemente el efecto de la exploracion determinada.

Montbrun y Sainte-Croix corrieron hasta las menos elevadas lomas que unen las dos sierras, se engolfaron por sus sinuosidades, y con aquella sagacidad, que desarrolla el hábito de la guerra, descubrieron un camino ni mejor ni peor que los demas de Portugal y practicable para la artillería. Se trataba de averiguar hasta donde les conduciría. Llegados casi á la cresta de aquellas cumbres á un punto desde donde se podia divisar el llano de Coimbra y el camino real de Lisboa, tropezaron con un paisano, quien les informó de que aquel camino se extendia hasta la llanura é iba á juntarse á la carretera de Coimbra cerca de un lugar llamado Sardao. A la sazón estaban en una aldea nombrada Boyalba, algo situada al otro lado de la sierra, y que no habia pensado en ocupar el brigadier Trent. Allí dejaron Montbrun y Sainte-Croix un regimiento de dragones con artillería; escalonaron otros tres á la espalda, ordenándoles defender la aldea de Boyalba á toda costa; despues bajaron al galope hasta Sardao para asegurarse de que no les habia engañado el paisano; reconocieron la

exactitud de sus informes, y tornaron á toda prisa para llevar á Massena la nueva de su feliz descubrimiento.

Massena la recibió al dia siguiente de la batalla, esto es, el 28 á medio dia. Contenidos los ingleses ante el ejército francés, cuidadosos de lo que intentaria, no se habian movido, y casi parecian tan paralizados como si no hubieran salido triunfantes. Sin pérdida de tiempo ordenó Massena á Junot, cuyo cuerpo se hallaba intacto y mas próximo que los demas al camino de Boyalba, que levantara en silencio el campo á la caída de la tarde; que, guiado por los dragones de Montbrun, se dirigiera al camino recién hallado, y que ocupara la llanura que se extendia á la otra parte. A Ney mandó que siguiera á Junot; á la columna de bagajes cargada con tres mil heridos, pero descargada de los víveres ya gastados, que siguiera á Ney; y á Reynier que cerrara la marcha con su cuerpo. La mitad de los dragones, que no acompañaron á Montbrun á Boyalba, debia formar la extrema retaguardia.

Con efecto, en la noche del 28, cuando la oscuridad era completa, se levantó el campo sin ruido. Junot, por la posición de su cuerpo, estaba muy próximo al camino de Boyalba, y marchando toda la noche, llegó sin tropiezo á la aldea, en donde encontró á los dragones, á quienes no habia pensado en inquietar el enemigo, y al amanecer del 29 bajó á la llanura de Coimbra, que figuraba entonces como una tierra de promision, aun cuando fuera tan árida y pobre como era fértil y rica. Ney experimentó algun trabajo en seguir á Junot, porque, no observando los bagajes y los heridos el ór-

den prescrito de marcha, por miedo de quedarse detrás, interrumpian á cada paso el desfile de las columnas. Sin embargo, el 29 todo el cuerpo de Ney pasó mas allá de Boyalba, y aquel dia se empeñó Reynier en el mismo camino, sin que le persiguiera un solo piquete de ingleses. Paso á paso consiguieron nuestros dragones llevar adelante los bagajes y los heridos sin que se perdiera uno solo.

Cuando el general inglés descubrió en fin, el movimiento de nuestras tropas fué el 29 por la noche. Dos dias estuvo inmóvil en su posicion, echando cuentas sobre el designio de su adversario, y sin ocurrírsele indagarlo por medio de reconocimientos bien dirigidos. No lo adivinó sino cuando los cascos de los dragones fulguraron sobre la llanura de Coimbra. Vencedor el 27 por la tarde, se hallaba el 29, por decirlo así, vencido, y mientras se celebraba en Coimbra con iluminaciones la pretendida victoria de Busaco, hubo que prepararse á huir de aquella ciudad infortunada, destruyendo cuanto no se podia salvar. Así fué que Wellington levantó el campo sin tardanza y cruzó presurosamente por Coimbra, obligando á los habitantes á desamparar la ciudad y á destruir cuanto no pudieran llevar consigo. Persiguiendo Montbrun y Sainte-Croix á todo trance á los ingleses y portugueses, que custodiaban los bagajes, acuchillaron á algunos de ellos.

Tal fué el primer encuentro del ejército francés con el ejército inglés bajo las órdenes de Massena. A menudo se ha censurado á este mariscal, y con fundamento hasta cierto punto, por haber dado batalla sin probabilidad suficiente de victoria y haber así comprometido estérilmente la vida de

muchos soldados. Pero se echa mucho en olvido que, á no ser por el combate mortífero de Busaco, que retuvo intimidados en su posicion á los ingleses, no hubiera podido Massena ejecutar sosegadamente el movimiento de flanco sobre Boyalba, por cuyo medio hizo caer la posicion de su contrario. Sin duda fuera preferible reconocer el camino de la derecha sin aguardar á que un descalabro obligara á hallarlo á toda costa; buscarlo antes, ya que el simple aspecto del terreno indicaba su existencia, y ya encontrado, no hacer mas que una demostracion contra Busaco para engañar á los ingleses, mientras el grueso del ejército desfilara sobre Boyalba. Así se consiguiera ocupar á lord Wellington sin grande efusion de sangre, tomarle la delantera en la llanura de Coimbra, y volverle á atacar allí en terreno descubierto y donde estaban todas las probabilidades por los franceses. Mas para ser justo hay que guardarse de estos fallos fundados en circunstancias averiguadas con posterioridad al suceso, y que el general, cuya conducta se avalora, no conocia ni podia conocer facilmente. Sea como quiera, si Massena no consiguió el efecto que se propuso el dia de la batalla, alcanzólo al siguiente; y á decir verdad, el general inglés cayó en grave falta, porque, establecido de tiempo atras sobre aquel terreno, rodeado de todos los informes sobre el país en que operaba, situado sobre alturas desde las cuales se descubria la comarca entera, sorprende que á la sola vista del terreno y de la posicion de las aldeas, no comprendiera que necesariamente habian de existir comunicaciones entre el valle del Mondego y la llanura de Coimbra, por la parte mas baja de las sierras de Alcoba y de

Caramula. Y como en la guerra es frecuente experimentar el castigo de las faltas el mismo día, en pocas horas perdió el fruto de sus juiciosas providencias, y vióse obligado á abandonar el Portugal hasta Lisboa, pero hasta Lisboa tan solo, como se verá por lo que se ha de referir muy en breve.

Cuando los franceses entraron en Coimbra hallaron la mayor parte de la poblacion fugada, y todos los habitantes ricos embarcados, con lo que tenían mas precioso, en bageles, cuyos cables se cortaban para descender al mar por el Mondego. Casi todas las casas habian sido devastadas por los ingleses, no por los habitantes, que no tenían el menor deseo de destruir sus haciendas por reducir al hambre á los franceses. Deseando Massena hacerles ver cuan errados andaban en seguir el consejo de lord Wellington, hubiera querido no destruirles nada, para convencerles de que, conservando sus ciudades, las conservaban mas para ellos que para los franceses. De consiguiente habia mandado á todos los generales que las propiedades fueran respetadas, pero era difícil imponer la disciplina á soldados hambrientos y acostumbrados á ver á los portugueses arruinar sus mismas viviendas. Entrando en casas medio vacias, ya saqueadas, hallando los granos esparcidos, las cubas destapadas, no escrupulizaban acabar un destrozo comenzado por los mismos dueños ó sus aliados. Además hay que repetir que tenían hambre, y que habiendo tirado muchos su carga de galleta con la esperanza de vivir sobre el pais, trataban de realizarla á costa de los lugares donde estuvieran aunque de paso. Muy bien hubieran podido vivir en Coimbra, por ser ciudad de harta

importancia para que en algunas horas hubieran podido destruir ó llevarse cuanto contenia los ingleses. Con efecto, en casas y almacenes habia subsistencias. Por desgracia Junot cometió el yerro de no dedicarse á reprimir tales desórdenes de lleno, y los almacenes fueron inútilmente desperdiciados. Ni se conservaron mejor otros, formados por los ingleses en Montemor junto al bajo Mondego. Allí fueron enviados los dragones de Montbrun, pero la falta de medios de transporte no permitió que se utilizaran debidamente; se consumió de ellos lo que se pudo y lo demás fué destruido.

Conociendo Massena que, usando precauciones se podrian hallar en Portugal comestibles, y sobre todo interesar á los portugueses en conservarlos, rependió con ardor á sus lugartenientes, y á Junot mas que á nadie, con cuya reprension no les predispuso mas en favor suyo. Con todo, trató de atajar el estrago, de tranquilizar á los habitantes y de atraerlos á Coimbra. Y á la verdad logró suavizar á algunos y hacer que regresaran á sus hogares abandonados.

Tras de poner algun orden en la ciudad, pensó en confiarla un depósito muy precioso, el de sus heridos recogidos en el campo de batalla de Busaco, los cuales ascendian como á tres mil y eran llevados por mulas y pollinos. Un hospital hizo prevenir espacioso, provisto de todo lo necesario, y colocó allí parte de los oficiales de sanidad del ejército, y una guardia de unos cien marinos agregados á la expedicion de Portugal, guardia bastante para afianzar la seguridad del hospital contra un desorden interior, mas no para defender la ciudad contra un ataque de fuera, dado que no se podia

hacer cara á tal peligro con menos de tres mil hombres. Como habia perdido Massena hasta cuatro mil en Busaco entre muertos y heridos, y cerca de mil desde Almeida, que enfermaron por el camino, le quedaban no mas que cuarenta y cinco mil combatientes al llegar á Coimbra. Si hubiera tenido que privarse de otros tres mil, y de reducirse á cuarenta y dos mil contra los ingleses, que al aproximarse á Lisboa se iban á aumentar lo menos en una tercera parte, y con los cuales se li-songeaba de tener pronto un nuevo encuentro, fuera fiar mucho al acaso, y así quiso mejor apelar en favor de sus heridos á la fe de los habitantes que exponerse á perder una batalla por insuficiencia de fuerzas.

Por tanto, juntó á los principales vecinos de Coimbra, les recomendó sus heridos, prometió garantizarles los cuidados que les dedicaran en los miramientos con que el pais sería tratado, y amenazó á la ciudad con un terrible castigo, si acontecia alguna desgracia á los soldados impotentes que fiaba á su humanidad. Terminadas estas providencias en el menos tiempo que pudo, es decir, en tres dias, continuó Massena su camino hácia Lisboa. A las órdenes de Montbrun puso una nueva vanguardia, formada de toda la caballería ligera y de parte de los dragones, dejando el resto de ellos á retaguardia con el general Freilhard por gefe. Hizo que esta vanguardia, reforzada con alguna infantería ligera, picara vivamente la retaguardia de los ingleses, á fin de no consentirles tiempo de destruirlo todo en la retirada. Con efecto, al dejar á Coimbra para dirigirse á Condeixa, hallaron almacenes que salvar, no destruidos por los ingleses;

bien que todavía Junot no impidió que fueran desperdiciados por sus tropas, lo cual le valió nuevas manifestaciones por parte del general en gefe. Se continuó en perseguir al enemigo por Fombal y Leiria.

Marchando de Norte á Sur hácia Lisboa, á lo largo de esta cordillera baja que, segun se ha dicho, es prolongacion de la de la Estrella, como la de la Estrella no es mas que prolongacion de la de Guadarrama, y que, declinando siempre, va á concluir entre el mar y la embocadura del Tajo, se podian seguir tres caminos; el camino del Tajo, que se gana cruzando la cordillera desde las alturas entre Pombal y Thomar, y yendo luego al hilo de la corriente desde Abrantes á Santarem y desde Santarem á Lisboa; el camino del centro, trazado cerca de la cresta de las alturas por Pombal, Leiria, Moliato, Candieros, que desciende tambien á la orilla del Tajo por Alcoentre y Alenquer; y finalmente, el camino de la orilla del mar, que pasa por Alcobaza, Obidos y Torres-Vedras. Llegado á Pombal el caudillo inglés, desembarazóse del cuerpo de Hill, á quien fió lo que le servia de embarazo, dirigiéndole hácia Thomar, con órdenes de no perder instante en llegar al Tajo, embarcar allí sus mas pesados equipages, y ampararse del rio si le perseguian los franceses. Reiteróle el precepto de destruirlo todo, y con especialidad las barcas que hubieran podido servir para echar puentes sobre el Tajo. Con la parte mas sólida de sus tropas tomó los otros dos caminos, yendo las divisiones de Leith y de Spencer por el del centro, las divisiones de Cole y de Picton por el del mar, y dándose cuanta prisa pudieron unas y otras para li-

brarse de la viva persecucion de nuestra vanguardia.

Ciertamente Montbrun, en union del valiente Sainte-Croix, cuya capacidad y bravura corrian parejas, continuaba siempre encima de los ingleses, y todas las tardes acuchillábales algunos. A Leiria llegaron el 6 de octubre, estrechando al enemigo muy de cerca, bien que no bastante para salvar las provisiones que esta poblacion contenia. Yendo el ejército á una jornada de distancia, presentóse allí al dia siguiente. Dudoso Massena de la direccion tomada por los ingleses, pues se les divisaba á la vez por los tres caminos, habia adoptado el del centro, por ser mas corto, no el mas malo, y porque, en caso de duda, le alejaba del enemigo lo menos posible.

Ya el dia 8 la vanguardia, guiada siempre por Sainte-Croix, traspuso las alturas para descender al Tajo, tropezó de nuevo con los ingleses y les quitó algunos barriles de pólvora y de galleta. A Alenquer se trasladó el 9 é hizo allí prisioneros cien hombres, y dejó fuera de combate otros tantos. Un reconocimiento practicó sobre la importante ciudad de Santarem, que está detrás y junto al Tajo, y de donde se supo que el general Hill habia partido el dia antes, diciéndose que lo habia destruido todo. A otro dia, el 10, la vanguardia llegó á Villa-Nova, que encontró bien abastecida de toda clase de provisiones, y persiguió hasta la falda de las cumbres de Alhandra á las retaguardias de los generales Crawford y Hill, que desaparecieron detrás de trincheras de un aspecto imponente.

Todo el ejército se reunió sucesivamente el dia 11 y fué á tomar posicion delante de Alhandra y

Sobral, en frente de las obras ocupadas la vispera por los ingleses. Donde quiera que se fijara la vista descubriase cumbres coronadas de reductos; reductos se divisaban en la vertiente que va á rematar junto al Tajo, y pasando á la opuesta vertiente se distinguian hasta el mar de igual modo. Ya se habia susurrado por el camino que los ingleses tenian construidas fortificaciones delante de Lisboa, aunque ignorándose de qué especie, y estábase muy lejos de suponer que nos atajaran el paso por largo tiempo. Los muy escasos habitantes, detenidos por los franceses, al llegar delante de Alhandra, Sobral y Torres-Vedras, hablaban de una primera linea de reductos armados con muchos cientos de cañones, despues de otra segunda linea bastante mas fuerte, que seria menester asaltar luego de poseida la primera, y por último, de otra tercera linea muy limitada, que cubria un puerto de embarque, donde toda la escuadra inglesa estaba pronta constantemente á recibir á lord Wellington y sus soldados. Para los nuestros, que llegaban llenos de ardimiento y de confianza, sin perder lo mas mínimo de fuerza moral por lo de Busaco, y antes bien convencidos de su superioridad sobre los ingleses, clamando á grandes gritos que hicieran alto para medirse con ellos, y prodigándoles, cuando se retiraban, mil epitetos injuriosos, fué una desagradable sorpresa ver que el enemigo, á quien perseguian, se les escapaba de pronto y se encerraba en un asilo de tan formidable apariencia. Sin embargo, fiados en sí mismos, en Massena, en la reunion de fuerzas que no podian menos de operar delante de Lisboa, no miraron aquel obstáculo mas que como una dificultad

pasajera de la cual triunfarian en breve, derramando una sangre de que no eran avaros.—Ya venceremos á la postre (decían á una) como venciéramos en Busaco, si no hubiera cesado el ataque. ¡Admirable espíritu el de este ejército, malamente sacrificado á una política desnuda de toda razon! Ahora conviene decir que el obstáculo de que se hablaba con tanta ligereza era harto mas difícil de superar que lo que se suponía.

Tiempo es ya de dar á conocer estas famosas líneas de Torres-Vedras, de las cuales indicamos antes la situacion, el objeto y el nombre. Como ya se dijo, hácia el mes de octubre del año anterior fué cuando pensó lord Wellington en asegurarse á la extremidad de la Península una posicion atrincherada, tan inexpugnable como fuera posible, para resistir desde ella á las fuerzas acumuladas de los franceses, y esperar la decadencia del sistema imperial, cercano segun su dictámen. Avanzando entre el Océano y las aguas esparcidas del Tajo, denominadas mar de la Paja, el promontorio formado por la extremidad baja de la Estrella, parecióle el lugar mejor adaptado á su proyecto. Por de pronto, hallándose algunas leguas delante de Lisboa las diversas líneas de las obras proyectadas para obstruir aquel promontorio, y no pasando tampoco por Lisboa los caminos que enlazaban unas con otras, debia blasonar por completo de independiente de la poblacion de aquella capital, la mas numerosa de la Península, la mas agitada, queriendo ya una cosa, ya otra, y rara vez lo que el general inglés queria. Este, habituado á las instituciones de su pais, teniendo la singular cordura de amarlas, no obstante de que por resultados de

ellas padecia á menudo, aborrecia las agitaciones populares con que la libertad comenzaba á despuntar en el continente. Hombre de seso, yendo implacablemente á su objeto, no vacilando nunca en inmolar los pueblos, cuya independencia iba á defender, á sus planes, no se acomodaba á que un dia se le obligara á dar batalla por poner término á los padecimientos inherentes á un bloqueo, ni que otro dia un pueblo amotinado le estorbara llevar el ancla, si la seguridad de su ejército le exigia que se embarcase. Por estas razones habia querido ser independiente del pueblo de Lisboa, y no tener siquiera que inquietarse por proporcionarle subsistencias, resuelto como estaba á alimentar primero á su ejército, despues al ejército portugués del cual sacaba gran partido, y por último á la poblacion de paisanos que llevó detras de su huella y le proporcionaba útiles operarios. Esta poblacion, que excedia en número á los ejércitos inglés y portugués reunidos, á la cual habia arruinado del todo, y cuyos robustos y pacientes brazos le servian alternativamente para elevar ó abatir montañas, vino á ser objeto de sus bien calculados cuidados. En vez de dejarla acumulada en las calles de Lisboa, expuesta á la peste, al hambre, á las revueltas, tenía en sus líneas al aire libre, distraida por el trabajo, sustentada por la marina inglesa, y ocupada cuotidianamente en construir nuevas obras ante el paso de los franceses. Véase el plan de las tales obras.

A nueve ó diez leguas delante de Lisboa, entre Alhandra á la márgen del Tajo y Torres-Vedras, hácia el Océano, pensó en levantar una primera línea de trincheras, que á doce leguas cuando me-